


# EL DESERTOR Y EL DIABLO.

*Comedia en tres actos, y en prosa, traducida del francés por* D. Manuel Breton de los Herreros, *representada con aplauso en el teatro del Príncipe, el 28 de setiembre de 1836.*

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| Blanca de la Heaumerie. | Doña *B. Lamadrid.* |
| Genoveva. | *G. Llorente.* |
| Dionisia. | *T. Lamadrid.* |
| El Conde de la Heaumerie. | D. *E. Noren.* |
| El Caballero Des-Arcis. | *J. Romea.* |
| Laubardemont. | *F. Romea.* |
| Domingo. | *A. de Guzman.* |
| Morviliérs. | *N. N.* |
| Un Oficial. | *N. N.* |
| Felipe. | *N. N.* |
| Lorenzo. | *N. N.* |
| Jorge. | *N. N.* |
| Soldado 1.°. | *N. N.* |
| Soldado 2.°. | *N. N.* |

*Oficiales, Soldados y Criados.*

La escena es en París en tiempo de Luis XIII.

# ACTO PRIMERO.

El Teatro representa la Plaza llamada del Chatelet. Esta plaza semi-circular tendrá á la derecha, en el primer término, una casa de las que llamamos á la malicia, es decir, de un solo piso, sobre cuya pared se verá un desvan abierto completamente, de modo que el público vea las escenas que han de pasar en él: dos puertas, ambas practicables, una ventana y debajo ó cerca de ella una mesa y algunas sillas ordinarias, ó banquillos de madera. En el centro, algo inclinada á la izquierda, una casa magnífica con torreoncillos y en el piso principal, á bastante altura, un balcon de piedra, del cual penderá una escala de cuerda; en la pared de la misma casa un banco de piedra, y donde parezca conveniente una lápida ó tarjeton que diga: *Palacio de Laubardemont.* Las demás casas que forman la Plaza son más bajas y no tan suntuosas. A la izquierda el edificio del Chatelet con su torre antigua y las casas que forman la entrada de la calle San Denys. A lo léjos puede verse la Torre gótica de Saint Jaques, y la Boucherie.

Lo esencial de esta decoracion es la casa con el desvan y el Palacio que se une á ella por la fila de casas inmediatas. El Teatro estará alumbrado por los faroles de la Plaza.

## ESCENA PRIMERA.

El Conde, *embozado en su capa y muy calado el sombrero, entra como recelando ser visto.* Jorge *estará dormido en el banco de piedra.*

Con. Por fin vuelvo á pisar las calles de París. Segun las muchas que anduve, es preciso que me halle en el centro de la ciudad. Veamos si conozco el sitio... No hay duda: estoy en la Plaza del Chatelet: esta es la casa de la Heaumerie..., mi casa..., ¡mi casa y no puedo llegar á su puerta! Precisamente vivirá en ella alguna hechura del Cardenal Richelieu, á quien sin duda recompensó con mis bienes luego que me creyeron muerto. Acerquémonos. Oh Dios! ¿Me engañará la débil luz de ese farol... (*Leyendo el tarjeton.*) *Palacio de Laubardemont!* Laubardemont!... ¡Ese malvado...; la mano derecha, el alma infernal del Cardenal Ministro; el que se encargó de darme la muerte en mi prision, y creyó haberlo conseguido!... Ese mónstruo se adornó con mis despojos. ¡El Palacio de la Heaumerie, es Palacio de Laubardemont! (*se pasea.*) Y adonde me dirigiré ahora? Sin dinero no puedo hallar un asilo... Estoy solo en mi patria, entre tantos millones de hombres! Dios mio!... A dónde me encaminaré? Mi hermana debe de estar en París; ¿pero quién sabe dónde vivirá; ó por mejor decir, quién sabe si la han permitido que viva? ¡Suerte funesta! Ojalá nunca hubiera salido yo de Inglaterra! ¡Se aseguraba tanto que ese odioso Ministro estaba muy enfermo!... Cuántas veces nos engañó la misma esperanza! ¿Qué será de mí?—Ahora me acuerdo de mi nodriza... Si habrá muerto?... Se sostenia con la pension que yo la señalé. Allí está su casa; bien la conozco. Ah! si viviese, me recogeria con el mayor cariño.

(*Vá á levantar el aldabon de la casa pequeña, y se detiene.*)

Es una imprudencia llamar á estas horas... Pudieran despertar los vecinos...; unos sospechar...; otros

23

mas curiosos asomarse... Mejor es aguardar á que venga el dia, paseándome á la orilla del rio. Pobre Genoveva! Si vives, tú serás mi único recurso. (*vase*)

(Dá el reloj las cinco y al ruido de la campana despierta Jorge.)

## ESCENA II.

JORGE *y luego* FELIPE.

JOR. Las cinco... (*tose.*) Estoy acatarrado. Me rindió el sueño, y á no ser por el reloj, no despierto tan pronto. Mal oficio es servir á jóvenes que galantean. Tres semanas hace que paso las noches en la calle, siendo centinela de los placeres de mi amo. Esto es irresistible.

(Felipe entra cuando Jorge acaba de hablar, y viéndole se detiene.)

FEL. Un hombre junto al Palacio? ¿Con qué objeto está allí?

JOR. Ya parece que viene el alba y mi amo no tardará en bajar si es prudente.

FEL. Si no me engaño, diviso una escala de cuerda... Alguien entró en casa, y este le guardará las espaldas. Ea! fuera la daga y no dar cuartel; que esta es la órden de mi amo. (*Se vá acercando.*)

JOR. ¡Ay que larga es la noche fuera de la cama!

FEL. Esta es la voz de Jorge.—Amigo, si no hablas, te atravieso como á un pájaro.

JOR. Atravesarme? Y por qué? Pero calla! ¿qué haces á estas horas armado y paseando la calle?

FEL. Sirvo al Señor de Laubardemont, y por órden suya rondo la casa con otros dos compañeros.

JOR. Será porque sabe lo que pasa?

FEL. O porque tiene sospechas, y deben de ser fundadas. Esa escala me anuncia que la jóven á quien guarda con tal cuidado, tiene muy pocas ganas de meterse monja como él quiere.

JOR. Dices bien. Pero, hombre, ¿por qué quiere que sea monja?

FEL. No lo sabes?

JOR. No.

FEL. La Señorita Blanca de la Heaumerie es hermana de un proscripto.

JOR. Eso ya lo sé; prosigue.

FEL. Confiscáronse los bienes del Conde, y pasaron á poder de mi amo.

JOR. Y quiere zamparla en un convento para evitar reclamaciones.

FEL. Justamente: y por eso se opone al matrimonio.

JOR. Pero no podrá impedirle...

FEL. Que no impedirá lo de la escala de cuerda, convengo en ello; pero en cuanto á la boda...

JOR. Tampoco impedirá la boda.

FEL. Y por qué?

JOR. Porque está hecha, y esa escala hace tres semanas que está sirviendo para que suba y baje el esposo, que es mi amo el Caballero Des-Arcis.

FEL. Des-Arcis! ¡El Jóven Consejero del Chatelet! ¡Bizarro jóven! Le he servido, y sentiria que le sucediese alguna desgracia. Procura avisarle.

JOR. Y cómo puedo hacerlo?

FEL. Ya no es tiempo... Huye, que abren la puerta de casa Si nos sorprenden juntos...

JOR. Pues no puedo avisarle, huyamos. Pobre amo mio! ..

## ESCENA III.

LAUBARDEMONT *y* FELIPE. *El primero sale de su palacio alumbrándole un criado, y se retira.*

LAUB. Felipe?

FEL. Señor.

LAUB. Quién hablaba contigo?

FEL. Conmigo?

LAUB. Si, contigo. Responde sin titubear.

FEL. Monseñor, os juro que nadie...

LAUB. Mientes; sí, te digo que mientes. Cuando salí ví á un hombre que corria por aquel lado.

FEL. Alguien que pasaria...

LAUB. Responde con exactitud. Pero ¿qué veo!... Una escala de cuerda! Estoy vendido!

FEL. (Infeliz de mí!)

LAUB. Pronto! ¡El nombre del que subió por esa escala! (*amenazándole con la espada.*)

FEL. ¡Señor, Señor! Os juro que nada he visto.

LAUB. Bribon!... No sé quién me detiene. Entremos... Vé delante, y tiembla si estás de acuerdo con mis enemigos.

FEL. (Pobre Mr. Des-Arcis!) Señor, ya os obedezco. (*vase*)

(Laubardemont sube en el banco y corta la escala con la espada.)

LAUB. De este modo no podrá escapar. Si permanece en casa, mi venganza es segura. (*entra.*)

(Poco despues se oye ruido dentro; Des-Arcis sale al balcon con capa, sombrero y la espada debajo del brazo. Luégo sale Blanca.)

## ESCENA IV.

BLANCA *y* DES-ARCIS.

BLAN. Que vienen en tu busca! Huye, esposo mio! Evita tu muerte.

DES-A. Es imposible: la escala está rota.

BLAN. Dios mio! ¿qué será de nosotros! Por lo ménos, no llegarán á tu corazon sin atravesar el mio.

DES-A. Silencio! Ya estoy libre, tranquilízate.

BLAN. Qué intentas?

DES-A. Es fácil bajar al tejado inmediato; y en pasando dos ó tres casas ya no pueden verme.

BLAN. Cuántos peligros!

DES-A. Amor me protegerá. Le debo ya tantos favores! . A Dios, esposa mia.

BLAN. El permita que pronto te vea. (*vase y cierra el balcon.*)

(Des-Arcis pasa al tejado inmediato y se le vé correr los demas ocultándose algunas veces. Domingo llega á la puerta de su casa.)

## ESCENA V.

DOMINGO *solo. Pensativo y muy despacio, atraviesa el Teatro yendo á sentarse en el guarda-canton inmediato á la puerta.*

DOM. No encuentro que trabajar por mas que lo busco. Me dicen: «Ven de dia; no sales sino por la noche. ¿Será que andas huyendo?...» Ay Dios! sí, huyendo... Cuando la suerte se empeña en perseguir á un hombre, punto concluido. Quisiera saber de qué sirvo yo en el mundo; qué hago todavia entre los vivientes. ¿Por qué la Providencia no me concederia una muerte honrosa cuando estaba en el regimiento! Mejor era, que morir aquí de miseria. Así vá todo! Arrebata la muerte á un rico lleno de placeres y conveniencias, y deja en este valle de lágrimas á un pobre como yo, que revienta de salud y de hambre. El mundo es una casa de locos.--Vamos á mi camaranchon, que ya estará con cuidado mi madre. (*Saca una llave, abre con ella la puerta y entra.*)

## ESCENA VI.

GENOVEVA, *sola.*

(Poco ántes que Domingo se retire, habrá abierto Genoveva la puerta interior del desvan y entra con una luz, que deja sobre la mesa. Empiezan á verse algunos relámpagos y despues se oyen truenos sordos que van aumentándose gradualmente.)

**GEN.** Aun no viene mi hijo, y ya empieza á rayar el dia..., y con mala cara por cierto... Parece que vamos á tener una tormenta horrorosa... Ah! oigo pasos en la escalera... Sin duda es Domingo... Pobrecillo! Todas las noches sale á ver si halla donde ganar un pedazo de pan. Y por fin, si lo encontrase... (*viéndole entrar.*) Bien venido! Qué traes?

## ESCENA VII.

GENOVEVA *y* DOMINGO.

**DOM.** Buenos dias, querida madre... Habeis dormido? Yo me detuve un rato á la puerta por no despertaros. Al fin cuando uno duerme no se acuerda de que es desgraciado. Por supuesto..., nada! vuelvo á casa lo mismo que salí.

**GEN.** Qué será de nosotros, hijo mio?

**DOM.** Ni lo sé, ni hallo camino para salir de la situacion en que estamos. Por quien mas lo siento es por vos. Al fin con vuestro trabajo ibais saliendo del dia; pero mi regreso ha doblado el gasto.

**GEN.** No tienes tú la culpa de que me hayan quitado la pension que me dejó tu hermano de leche, aquel buen señor de la Heaumerie...; pero el pícaro de Laubardemont...

**DOM.** Y tan pícaro como es! El tiene la culpa de nuestras desgracias, y de las de otras familias. ¡Ah mundo, mundo!

**GEN.** Cúmplase la voluntad de Dios. Sin embargo, hijo mio, considera que tal vez seremos culpables de algunos defectillos...; faltas involuntarias acaso, cuyo castigo sufriremos...

**DOM.** Mi conciencia está tranquila.

**GEN.** Sin embargo, hiciste una muchachada... Ya me acuerdo que me dijiste que no podias pasar por otro punto. Sea por Dios!... Paciencia!... Pero este recuerdo me aflige. Al cabo desertaste, hijo mio; y quién sabe si Dios nos castiga por eso?...

**DOM.** Ah madre! si supieseis... Deserté, es verdad; es una accion que parece imperdonable; pero la causa que tuve para ella era tal...

**GEN.** Ya hace tiempo que la tengo adivinada. Lo mucho que amas á Dionisia la criada de la señorita Blanca.

**DOM.** Pues no, Señora. Es verdad que amo á Dionisia con todo mi corazon, pero no hubiera hecho una villanía por todas las Dionisias del mundo. Otra, otra causa hubo.

**GEN.** Cuál fué? Sepámosla.

**DOM.** Fué... En fin, se trataba de quitar la vida á un hombre; á un bienhechor...; á Mr. de la Heaumerie.

**GEN.** Quitarle la vida? No te entiendo.

**DOM.** ¿Os acordais de que hace dos años murió en el suplicio aquel buen Marqués de Cinq-Mars?

**GEN.** ¿Y quién ha de olvidar esa desgracia? Entonces fué cuando el perverso Duque de Richelieu hizo prender al Conde de la Heaumerie y le encerró allá... no sé dónde.

**DOM.** En el fuerte de Belle-Isle, donde estaba de guarnicion mi regimiento.

**GEN.** Calla! Siendo así, ¿verías al Conde...

**DOM.** Demasiado! Estaba confiada su custodia al hermano del consejero Laubardemont, mayor de nuestro regimiento. Ya porque tuviese órdenes secretas, ó ya porque contase con que sería apoyado; ello es que se decidió á quitar la vida á su pobre preso.

**GEN.** Qué me dices? Aquel jóven á quien alimenté como á tí con la leche de mis pechos, aquel jóven tan virtuoso, ha sido asesinado? ¿Es posible?

**DOM.** Escuchadme hasta el fin, si podeis. Se nombró un soldado que le asesinase en la prision.

**GEN.** Y hubo quien aceptase comision tan injusta?

**DOM.** No podia excusarse.

**GEN.** Cómo que no? Debió hacer frente á cualquier peligro, y ántes desertar, que...

**DOM.** Desertar!... Eso fué lo que hizo. Prefirió perder su estimacion; prefirió verse perseguido. En una palabra, prefirió su desgracia, á la infamia de ser un verdugo.

**GEN.** Qué hombre tan honrado!

**DOM.** Pues ese hombre tan honrado soy yo. Sí, Señora, es vuestro hijo.

**GEN.** Tú! Ay hijo de mi alma! Qué bien hiciste en desobedecer! Perdona mis injustas reconvenciones. ¿Pero qué se hizo del pobre Conde?

**DOM.** Es muy regular que pasase á Inglaterra. Por lo ménos pudo embarcarse con facilidad, una vez fuera del fuerte.

**GEN.** Bendito sea Dios que te inspiró una accion tan noble! Vanidad tengo en ser madre de tal hijo.

(Desde estas palabras empieza Domingo á dejarse llevar de su resentimiento pasando por grados hasta la desesperacion con que termina la escena.)

**DOM.** Sí, de tal hijo! De un hombre á quien nada le sale bien en el mundo; de un hombre que viniendo al lado de su madre, despues de haber salvado la vida á un hombre de bien, aumentó vuestra miseria sin poder aliviarla en nada.

**GEN.** Consuélate; la Providencia no nos abandonará.

**DOM.** Demasiado tendria que hacer la Providencia si pensase en todos los que padecemos. Bien sé que un dia recompensará á los buenos; pero, ya lo he dicho varias veces, el premio no es en esta vida. Yo por mi parte quisiera haberme muerto.

**GEN.** Jesus, Jesus!... ¿Has perdido el juicio, hijo mio?

**DOM.** Nunca he pensado con mas acierto. En el mundo no hay felicidad sino para los bribones: ellos son los únicos que medran; á ellos todo les sale á pedir de boca. Yo no culpo á la Providencia; no, señora, pero. . En el otro mundo no sé lo que pasa; no he hecho ese viaje todavía; pero en este ya vemos lo que sucede. Muchas veces digo á mis solas: Este será el mundo del diablo, pues no parece sino que él es el que lo gobierna todo.

**GEN.** Calla, muchacho! Qué ideas tan raras!

**DOM.** Y tan verdaderas! Ahorcan á un pobre que roba para comer, y dan honores á los que roban para andar en coche. Cien ejemplos pudiera citar; y para no hablar sino del que tenemos cerca. ¿No veis el Palacio de la Heaumerie habitado por el pícaro Laubardemont? ¡Ese ladronazo, que quiso dar muerte al otro indefenso, y se apoderó de sus bienes!

**GEN.** Es verdad; pero...

**DOM.** ¿Y creeis que ese bribon no habrá dado su alma al diablo? Pues así debe de ser, y por eso va subiendo de empleo en empleo, de dignidad en dignidad; ¡y vuestro hijo, que no quiso matar á un

proscripto inocente, vuestro hijo está deshonrado; vuestro hijo se muere de hambre con vos, y no se atreve ni aun á buscar un jornal con que alimentar á su madre! Vaya, vaya, es preciso vender su alma al diablo, ó morirse: aquí no hay otro medio. (*se sienta.*)

GEN. Calla, hijo mio; calla, por Dios! Sin duda te hace delirar la falta de sueño... (¡y á caso tambien la de alimento!...)

DOM. Con todo, mi cabeza está firme. Siempre soy el mismo: Domingo el atrevido, como decian en el regimiento. Pero me pongo furioso cuando pienso en mi desgracia, y particularmente en la vuestra. Os aseguro que de buena gana haria pacto con el diablo, si creyese de véras que habia diablos. (*Llora y se tapa la cara.*)

GEN. Ea, hijo mio! no llores. Dios nos abrirá camino... Mira: si no quieres darme nuevas penas, no vayas á dudar ahora de cosas creidas por todo el mundo. ¿Quién es el que se atreve á dudar de la existencia de Satanás? Nadie. Prométeme no pronunciar palabras como esas. Y por ventura, ¿no te acuerdas ya de lo que estuvo á pique de suceder á tu abuelo?

DOM. No, Señora. Sólo pienso en lo que le sucede á su nieto.

GEN. Pues tu abuelo, en el arrebato de una gran pesadumbre, tuvo el mal pensamiento de pedir auxilio al diablo, y al instante se le presentó un hombre casi desnudo.., metido en una capa negra y con un bolsillo en la mano. Tenia los cabellos erizados; el rostro como un difunto... En fin, una figura espantosa. Juzga cuál sería la sorpresa de tu pobre abuelo!

DOM. Y qué le dijo mi abuelo?

GEN. Nada; cayó de espaldas, y cuando volvió en sí por la mañana, se halló debajo de la cama un bolsillo.

DOM. Eso es decir que mi abuelo soñó que veia al diablo. ¡Un bolsillo... ¡Que no me diera á mí el diablo otro semejante! A fé que le agarraria á dos manos.

(Se habrán oido ya algunos truenos y ahora se oye uno mas fuerte.)

GEN. Domingo, por Dios! ¡Mira lo que haces, que se aumenta la tempestad!

DOM. No tengais miedo. El diablo no piensa en mí. Yo tampoco le temo. ¿Qué mas daño puede hacerme que el que tengo encima? ¡Satanás, Lucifer! yo te llamo. ¿Por qué no vienes, si es que me oyes?

(Trueno muy fuerte y el viento abre la puerta interior del desvan.)

GEN. Ay Dios mio!

(Huye despavorida y entra en su cuarto. Domingo se adelanta hácia los espectadores. Des-Arcis se presenta en la ventana asomando el medio cuerpo, y reconocida la pieza, pasa una pierna que apoya en la mesa, vuelve á examinar el desvan y al fin entra.)

## ESCENA VIII.

### DES-ARCIS *y* DOMINGO.

DOM. (Santo Dios!...) (*se queda como petrificado.*)

DES-A. Conseguí entrar. Esos relámpagos me deslumbraban en términos que hubiera rodado si hubiese insistido en correr mas lejados... Hola!... No te asustes: vengo como amigo y para excusar la singularidad de mi visita, aquí hay veinte luises de oro. (*Pone un bolsillo sobre la mesa.*) Tuyos son. Cámbiame tu vestido por el mio; y esta capa y tu gorra por este sombrero. Despues ábreme la puerta que dá á la escalera.

(Domingo permanece inmóvil de sorpresa interin Des-Arcis se desnuda.)

DOM. Mi vestido por ese..., y esa capa y ese oro...

DES-A. Todo es tuyo. El cambio está hecho, eh?

DOM. (Oh!...)

DES-A. Y me parece que nada pierdes en él.

DOM. (*desnudándose.*) El cambio está hecho... Sí...; y el precio...

DES-A. Acéptale; el precio no puede ser mas alto. La salvacion de un hombre.

DOM. (La salvacion de un hombre! Ya entiendo. Lo que vendo es la salvacion de mi alma. Estaré soñando?) (*Se tienta el cuerpo. Des-Arcis se pone la ropa de Domingo.*)

DES.-A. En mí tienes desde hoy un amigo á todo trance. ¿Se va por aquí á la calle? (*Domingo le hace señas de que sí.*) Pues bien, ya salgo. Cuenta con que estamos unidos para siempre. Hasta la vista. Cuando me necesites, ya verás el amigo que tienes.

## ESCENA IX.

### DOMINGO *solo.*

(Domingo queda absorto, mira á todas partes y reconoce la ropa que quedó sobre la mesa.)

DOM. Estaré despierto, ó será todo una vision? Sin duda estoy soñando, porque eso de que el diablo sea tan obediente y tan puntual, no lo creo. Frotándose los ojos dicen que se vá el sueño... (*lo hace.*) Pues yo no despierto. Siempre veo lo mismo, y lo que veo es verdad. Si, este es oro: bien le conozco, aunque hace mucho tiempo que no nos comunicamos. Conque al fin me veo con dinero? (*vuelca el bolsillo en el sombrero y menea las monedas.*) Dinero, sí! Le oigo sonar, y es mio, mio!... ¡Pero que caro me costará... Domingo!... infeliz Domingo! Qué has hecho? En fin, tú te lo has buscado. Oh!... ¿Será cierta mi eterna condenacion? Horror! No, no lo puedo creer.

## ESCENA X.

DOMINGO *abismado en sus reflexiones y sin apartarse de la mesa.* DES-ARCIS *sale por la puerta de la calle y poco despues llega el* CONDE *por el lado opuesto.*

DES-A. Llegué felizmente á la calle, y pues salí del apuro, pensemos en regresar á mi casa. Ese jornalero me ha hecho un favor muy notable. No olvidaré las señas de su pobre morada. (*vase.*)

CON. Bueno! Eso es lo que yo esperaba. Sin duda estan levantados los de la casa, pues salió uno á la calle. Ahora puedo entrar sin excitar sospechas. (*entra.*)

(Domingo se habrá determinado á ponerse la ropa que dejó Des-Arcis: y en el momento en que el Conde entra en la casa, dice con la mayor agitacion:)

## ESCENA XI.

### DOMINGO *y luego el* CONDE.

DOM. Se me figura que esta capa me quema los hombros, y que estas monedas brillan como si acabáran de salir del horno infernal. En fin, si es verdad que soy un amigo íntimo del diablo, todos mis placeres deberán ser en este mundo; y es preciso aprovechar el tiempo.—Ah! tengo un peso sobre mi corazon...

Dios mio! Si pudiese encontrar modo de emplear este dinero en hacer alguna obra buena, me parece que esto consolaria un poco mi pobre alma, ínterin llega el caso de entregarla en las uñas de... Pero ¡hola! (*golpes á la puerta del desvan.*) Quién está ahi?.

**Con.** (*dentro.*) Un amigo.

**Dom.** Amigo? (Será otro diablo?) ¿Qué se os ofrece?

**Con.** (*dentro.*) ¿Vive aquí una anciana llamada Genoveva?

**Dom.** Aquí vive.

**Con.** Abrid por piedad, y salvareis á un desgraciado que no tiene mas asilo que esta casa.

**Dom.** Un desgraciado! Qué haré? Claro está..., abrir. (*abre la puerta.*) Entrad... Qué veo!—El señor Conde de la ..

**Con.** Silencio, querido Domingo! Me perderias pronunciando mi nombre.

**Dom.** Es posible que os vuelva á ver, mi noble protector! Estais vivo todavía!

**Con.** Si, gracias á tu valor y amistad. Ah! nunca olvidaré tu generosa accion. ¡Amigo mio, querido hermano!...

**Dom.** Yo lloro de gozo. ¡Cuánto se alegrará mi madre...

**Con.** Deseo con ansia estrecharla en mis brazos; pero ¡cuánto se afligirá viendo mi suerte! Creyendo tal vez con demasiada ligereza una voz vaga, he vuelto á Francia y me hallo en la situacion mas peligrosa, sin ropa, sin dinero, sin recursos, sin nada absolutamente, mas que tu amistad, y la de tu madre. Así en esta populosa ciudad no he pensado sino en vosotros.

**Dom.** Habeis hecho muy bien, señor Conde; y yo tambien hice bien en otro tiempo. Lo que es mi madre, no puede serviros de mucho. Una pobre anciana privada de vuestros beneficios... Ya no cuenta con la pension que la señalasteis.

**Con.** Oh Dios!

**Dom.** En dos palabras, vuestra pobre nodriza está en la mayor miseria, y yo tambien; desde ayer no nos hemos desayunado.

**Con.** Dios mio

**Dom.** Pero no importa. No carecereis de nada. Buena carne..., buen vino... Porque habeis de saber que el diablo nos ha tomado bajo su proteccion.

**Con.** Qué extravagancia es esa? ¡El diablo...

**Dom.** No hagais caso. Decis que necesitais vestido, alimento, etc. Pues bien, aqui está el que todo lo proporciona. Partiremos como hermanos este oro.

**Con.** Cómo es eso? Eres dueño de una suma tan considerable, y decias que estabas en la última miseria?

**Dom.** Y dije verdad. Hace pocos minutos que no tenia sobre qué caerme muerto; pero en un santiamen se pierde un alma.

**Con.** Qué quieres decir?—Domingo! De dónde te ha venido ese dinero?

**Dom.** De dónde? Sin duda no cayó del cielo; pero... es mio; enteramente mio. Ello sí..., la hipoteca no es floja.

**Con.** (Santo Dios!) ¿Qué significa... Tiemblo al oirte...

**Dom.** Eh! Cavilaciones... Voy á buscar víveres y un poco de vino para mi madre. Entretanto quedáos aqui con ella, señor Conde. (*mostrando la puerta interior.*) Miradla; allí está de rodillas, pidiendo á Dios por su hijo, y acaso tambien por vos.

**Con.** Voy á abrazarla.

## ESCENA XII.

Domingo *solo.*

**Dom.** Buen ánimo, Domingo!—Venga de quien viniere, bien venido sea este dinero, pues con él voy á socorrer á mi madre y á mi protector. Me calaré el sombrero... Oh!... La pluma es de color de fuego. Bien se conoce que viene del infierno.—Me estremezco... Me espeluzno... Eh! pecho al agua!—Hasta luego, señor Conde. Dentro de poco estoy de vuelta.

## ESCENA XIII.

Jorge *y dos criados en la calle con un farol y armas. Poco despues* Domingo.

**Jor.** Si, amigos mios: Mr. Des-Arcis aun no ha vuelto á su casa, y recelo que no le volvamos á ver si ha caido en manos de ese endiablado coronel.

**Dom.** (*saliendo de su casa.*) (Nadie puede conocer al pobre Domingo bajo este traje de caballero. En todo caso calémonos bien el sombrero, y procuremos tomar un aire aristocrático.)

**Jor.** Esperemos aqui un rato.

**Dom.** (Si Dionisia me viera ¡que ufana se pondria!—Hola! allí hay unos hombres que me miran con atencion... Pasemos rápidamente.)

**Jor.** Por San Martin que aquel es nuestro amo, ó se parece á él como un huevo á otro. (*le rodean.*)

**Dom.** (Qué me querrán estos hombres?) Señores, á un lado! La calle es libre. (*se desvia de ellos.*)

**Jor.** (*Aparte á los otros dos.*) No es él; pero reconozco su vestido. Camaradas, ¿será algun bribon que le ha robado? Hagamos que se explique.—Hola! ¡alto ahí!

**Dom.** (*se detiene y se quita el sombrero temblando.*) Señores, en qué puedo serviros?

**Jor.** (*en voz baja.*) Se turba... Ya está visto... Amenacémosle para que cante claro.

**Dom.** Vaya, qué me mandais?

**Jor.** Sin mandaros nada, tenemos que deciros que esa capa y ese sombrero no están hechos á vuestra medida. ¿Cuánto os han costado, amigo mio?

**Dom.** Qué os importa? ¿Habeis perdido alguna cosa en la venta?

**Jor.** Eso lo veremos en casa del Juez. Asegurádle, camaradas! No hay duda: es un ratero que habrá robado, y tal vez asesinado á Mr. Des-Arcis.

**Dom.** El primero que me toque... (Ah! si yo tuviese aquí mis armas como cuando era soldado...) Cobardes! Tres contra uno!

**Jor.** (*Le atropellan y Jorge le registra.*) Hola! hola! el bolsillo de mi amo! Ea, vamos á casa del Juez! Allí cantará de plano.

**Dom.** (El diablo ha hecho una de las suyas. Bien podia yo conocer que cuando él me daba dinero, sería para jugarme alguna mala partida.) Ah pobre Domingo! Y ahora ¿qué será de mi madre? Qué será de mí mismo?

**Jor.** Poca cosa: te ahorcarán.

**Dom.** Dinero infernal! Detestable promesa!

**Jor.** Le estais oyendo? Dice que la promesa es detestable. ¿Será algun asesino pagado por Mr. de Laubardemont?

**Dom.** Laubardemont? ¡Llévele el diablo, á quien se ha entregado como yo, aunque con mas fortuna!

**Jor.** Camaradas, no olvideis una letra de lo que dice. Ya veis que confiesa su crimen.

**Dom.** Mentira! Nada confieso. A nadie he robado.

**Jor.** Galopin! ¿Te atreverás á decir que has comprado esta capa?

**Dom.** Y es la pura verdad.

**Jor.** Y tambien el bols llo?

**Dom.** Sí tambien le he comprado; es decir, le he cambiado por otra cosa que vale mucho más. Ea, dejadme!

**Jor.** Qué es dejarte? Agarradle bien, y vamos.

**Dom.** No quiero ir con vosotros.

**Jor.** Pues llevarás unos palos mientras te ahorcan.

**Dom.** Ay malaventurado Domingo!

**Jor.** Echa á andar, gandul!

**Dom.** Vamos, pues no hay remedio, y lléveos cuanto ántes el que me ha de llevar á mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Salon gótico de la casa del caballero Des-Arcis: dos puertas laterales con cortinas. La de la puerta de la izquierda estará levantada, de modo que se vea una alcoba, la puerta del fondo dá á una galería.

## ESCENA PRIMERA.

Des-Arcis, *solo, entra por la puerta de la derecha y la cierra con mucho tiento.*

**Des-A.** Dicha tuve en llegar sin que nadie me viese. Al fin, ya estoy en mi casa, gracias á la llave de la escalera secreta y á mi disfraz. Quitémonos estos andrajos, y pongámonos una bata.—Qué noche tan cruel! Poco faltó para comprometerme hasta lo sumo. ¿Qué se hubiera dicho si me hubieran sorprendido en mi fuga? ¡Un Magistrado trepando por los tejados! Me hubieran preso como á un ladron. Hubiera sido gracioso que bien atado me hubiesen conducido á mi propia casa. (*Se sienta despues de tirar del cordon de la campanilla*) Aparentemos con los criados que acabo de levantarme.

## ESCENA II.

*Dicho y* Lorenzo.

**Lor.** Señor!

**Des-A.** Hay gente esperando en la antesala?

**Lor.** Una pobre anciana ha traido esta carta y me ha suplicado que os la entregue, poniéndose de rodillas y haciendo tales extremos...

**Des-A.** Dijo de quién es?

**Lor.** No, Señor.

**Des-A.** Espera, por si tengo algo que mandarte. Esta letra no me es desconocida. (*Lee.*) Un amigo de Cinq-Mars... De Cinq-Mars!

(Se levanta y apartándose lee en voz baja y con mucha agitacion)

Vive todavía, está en París, anda errante, temiendo que pronto será descubierto y preso. Oh! harto fundado en su temor.—Prefiere presentarse voluntariamente á su Juez... A mí, gran Dios!—«Esperando hallar en vos un hombre compasivo y no un satélite de un Ministro implacable... Un pañuelo ó cualquier otra cosa blanca que pongais en una de vuestras ventanas, hará conocer al desgraciado proscripto el instante en que puede presentarse-»—No firma. (*á Lorenzo.*) ¿Permanece en la sala esa mujer?

**Lor.** Sí, Señor.

**Des-A.** Que éntre.—Conozco la letra, pero no puedo recordar de quién es.

## ESCENA III.

*Dichos y* Genoveva.

**Des-A.** Acercáos, buena mujer y no tengais miedo.

**Gen.** Yo miedo? No, Señor; todo al contrario.

**Des-A.** Pues por qué llorais?

**Gen.** No lo puedo remediar: tengo el corazon muy oprimido. ¡Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia!

**Des-A.** Sosegáos. Habeis traido esta carta?

**Gen.** Sí, Señor, yo la he traido y por cierto que cuando vine á pedir por un hijo mio..., no es mi hijo; pero como si lo fuese, no esperaba encontrar otro en vuestra sala, entre alguaciles.

**Des-A.** Qué me decís, pobre mujer? Procurad explicaros con claridad.

**Gen.** Sí, Señor; á eso voy. En primer lugar, yo no puedo decir quién es el que os escribe.

**Des-A.** ¡Buen modo de hablar claro! Vamos, seguid.

**Gen.** Y amén de eso, no es él quién me dá mas cuidado; pues al cabo, Domingo es mi hijo de véras, y hallármele preso y atado, me parte el alma.—No es decir que no lo haya merecido el infeliz; pero ya se sabe que su delito no es de los que se castigan en este mundo.

**Des-A.** Preso..., atado!... Poco á poco; no hagais mas que responder simplemente á mis palabras.

**Gen.** Muy bien, como gusteis.

**Des-A.** En primer lugar, ¿por quién llorais tanto?

**Gen.** Por Domingo, por mi hijo de mi alma. El es muy criminal, eso sí; pero nada tiene de qué reprenderse.

**Des-A.** Cosa rara! Muy criminal, pero irreprensible! ¿Y es de ese delincuente honrado la carta que habeis traido?

**Gen.** Qué disparate! No, señor.

**Des-A.** Luego ese Domingo no es hijo vuestro?

**Gen.** Cómo que no? Hijo legítimo y de legítimo matrimonio.

**Des-A.** Ya entiendo. Ese Domingo ¿es el proscripto?

**Gen.** No, Señor. Es desertor.

**Des-A.** Oiga! (Si tratará de engañarme?) Conque de véras no es mas que desertor?

**Gen.** No hizo mas que desertar, y esa accion es la mas brillante de su vida.

**Des-A.** (Qué tales serán las otras? Vaya, esta mujer está loca.)

**Gen.** En una palabra, mi hijo sólo es culpable de no haber tenido valor para verme morir de hambre; por eso ha perdido su alma, y acaso por el amor que tiene á una muchacha, con quien al cabo no se casará.

**Des-A.** No entiendo una palabra de cuanto me decís, Señora.

## ESCENA IV.

*Dichos y* Jorge.

(*Hablan aparte Jorge y su amo.*)

**Jor.** Ya estais de vuelta, Señor! Qué felicidad! Os creíamos muerto.

**Des-A.** No, mi querido Jorge; por ahora escapamos del peligro.

**Jor.** Gracias á Dios! (*en alta voz.*) Sabed que tenemos en nuestro poder al ladron que os robó, y hemos reconocido el bolsillo, la capa...

**Des-A.** ¿Qué me dices! Mi bolsillo..., mi capa...

**Jor.** Atado está el bribon y vá á venir á vuestra presencia.

**Gen.** Ese es mi hijo, mi pobre Domingo!

**Des-A.** Vuestro hijo?—Cuidado con ofender en nada á ese hombre.

JOR. Pero, Señor...
DES-A. Dentro de un rato, que venga. Quiero examinarle por mi mismo.
JOR. Sí, á ver si canta, y podeis coger á toda la cuadrilla.
DES-A. Haz lo que te mando, y dadle todo cuanto quiera.

(Jorge se retira; Genoveva se arroja llorando á los piés de Des-Arcis y abraza sus rodillas.)

GEN. Dios conserve vuestra vida, Señor, y os llene de bendiciones por haber tenido piedad de mis lágrimas. Creed que mi hijo Domingo es incapaz de hacer daño á nadie, excepto á su pobre madre Genoveva.
DES-A. Genoveva? Es ese vuestro nombre? Yo conoc una Genoveva... A ver? Miradme bien.—Creo que os he visto; pero debe de haber pasado mucho tiempo.
GEN. Y tanto como ha pasado, Señor! Yo os conozco desde que erais tamañito y os hacia bailar sobre mis rodillas con otra niña que ahora es ya una jóven casadera y hermosa como el sol.
DES-A. La Señorita Blanca de la Heaumerie?
GEN. La misma.
DES-A. Ah Genoveva! Os debo mas de lo que pensais. Sois la nodriza del difunto conde de la Heaumerie.
GEN. El difunto Conde? Eh! no le llamais así.
DES-A. Por qué? Hablad sin reparo.
GEN. Porque, á Dios gracias... ¿No me entendeis todavía? Esa carta...
DES-A. Será suya?
GEN. Escogió mi pobre camaranchon para esconderse cuando llegó de Inglaterra, y á no haber sido por la desgracia que sucedió al pobre Domingo... Os la voy á contar, y ya podeis principiar á santiguaros.

(Desde el punto en que Des-Arcis está cierto de que la carta es del Conde, queda pensativo y se pasea con la mayor agitacion por el foro: Genoveva, sin advertirlo, prosigue.)

GEN. Pues, Señor, esta mañana...—por cierto que estaba amaneciendo—dije yo á mi hijo Domingo: Mucho has madrugado, hijo mio: ¿Será porque el hambre no te ha dejado dormir?—Pero, Señor, no me escuchais? (*Viéndole que registra la sala por todas partes.*) Qué haceis?
DES-A. Miro si pueden sorprendernos. Id pronto, querida Genoveva! Voy á pensar en el que os ha enviado. Su seguridad me interesa tanto como la mia propia. El hermano de Blanca!
GEN. ¿Con que os interesais tanto á favor del Conde de la Heaumerie?
DES-A. Silencio! No pronuncieis su nombre. Decidle que pondré la señal que me indica, apénas pueda hacerlo sin comprometer su persona. Añadid que en mi casa no hallará juez alguno, sino... No vais?
GEN. Pero, ¿y Domingo?
DES-A. Sí, sí, vuestro hijo. Perded cuidado. Nada tiene que temer: yo le defenderé porque me consta su inocencia. Id pronto á donde os envio, pronto!
GEN. Sí, Señor, allá voy. (¡Válgame Dios! Si mi chico no hubiera llamado á Lucifer, qué felices seriamos! Pero yendo á Roma... ¿Quién sabe....) (*Des-Arcis la hace señas para que se vaya.*) Allá voy en un vuelo, Señor.

## ESCENA V.

DES-ARCIS, *solo.*

DES-A. Parece que está algo tocada de la cabeza. La ha trastornado sin duda el dolor de ver preso á su hijo. Ah! yo tambien estoy cercado de peligros, y el principio de este dia me anuncia otros más graves. No importa: el honor me manda hacer frente á todos.—Pero qué voces suenan?

(*Dentro altercan Dionisia y Genoveva.*)

## ESCENA VI.

*Dicho, y* DIONISIA. *Dionisia dice lo siguiente al entrar y mirando todavía adentro.*

DION. Vaya que está chocha esa vieja! Acaso tengo yo la culpa de que su hijo me quiera?
DES-A. Dionisia!...
DION. Ah Caballero!... Disimulad. Si he gritado en vuestra casa ha sido porque...
DES-A. Bien; dejemos eso. El verte aquí me dice que Blanca estará con la mayor angustia por saber...
DION. Sólo ignora cómo pudisteis escapar del peligro; pero sabe que llegasteis felizmente á vuestra casa. Por mi parte estaba muy léjos de pensar que al llegar aquí ..
DES-A. Pero á qué te envia Blanca?
DION. Para advertiros que está resuelta á huir de su tutor, y acogerse al auxilio de su protector natural, que es su esposo. (¡Feliz la que puede decir á boca llena tengo marid ! Así no está una expuesta á los calendarios de los murmuradores!)
DES-A. ¿Conque al fin mi querida Blanca se determina á venir á su casa? Qué felicidad!
DION. Dentro de media hora estará aquí; al salir de Misa. Un marido es el único protector de una mujer. La que no le tiene, está como sin sombra.
DES-A. ¡Por fin se resolvió á descubrir este secreto y fiarse de mi! Hace mucho tiempo que debió tomar ese partido.
DION. Temia exponeros á la venganza de Mr. Laubardemont; pero en el dia hay una razon poderosa para resolverse Por otra parte, ha tenido cuidado de disfrazarse, y como al salir de la iglesia tomará otra silla de manos, es imposible que sea conocida. (Rabiosa me tiene el diantre de la vieja.)
DES-A. Qué es eso, Dionisia? Qué te pasa? Te dá pesadumbre la buena noticia que me has traido?
DION. No, Señor. Es que rabio para mis adentros, y no me falta motivo. ¡Qué necias somos las mujeres sensibles!
DES-A. Qué dices?
DION. Nada en resumidas cuentas; porque soy quien soy, eh? Pues! Confieso que el pobrecillo me dió lástima; pero lástima y no más. ¡Y decirme á mí que yo tengo la culpa...
DES-A. (Voy viendo que cuantos me hablan hoy se han vuelto locos.) De quién me hablas, Dionisia?
DION. Yo? De nadie. Jesus! ni siquiera me acuerdo de él. Pero siempre digo y diré, que es un hombre honradísimo á pesar de su mala reputacion.
DES-A. Pero explícate. ¿Se trata de algun novio tuyo?
DION. Mi novio! Mi novio! Yo no le he dado todavía ese nombramiento. Una mujer de mis prendas no se compromete así como quiera con un hombre cuando no tiene esperanzas de casarse.
DES-A. Sin embargo, yo apuesto á que te parece buen mozo.
DION. A una mujer de vergüenza no le está bien el fijar su atencion en esas bagatelas; pero todos dicen que tiene gallarda presencia. Ay Dios! estoy cierta

de que no es tan criminal como parece, porque el pobre Domingo...

**Des-A.** Hola! ¿Me hablas de ese que han traido preso por ladron?

**Dion.** De ese mismo; pero yo salgo por fiadora de que no es capaz de quitar nada á nadie. Hace dos años que le conozco.—Aunque, valga la verdad, antes lo negaba, le quiero; mucho que sí! Ah! tened compasion de él, y si no quereis tenerla de él, tenedla de mí; pues me costaria la vida si le sucediera... En fin, ya sabeis lo que es amor. Miradle con piedad!

**Des-A.** Te lo ofrezco; y lo voy á cumplir.

(*Llama con la campanilla y sale Jorge.*)

**Dion.** Dios se lo pague á usted!

**Des-A.** Qué venga ese preso, y que me aguarde en esta sala.

**Dion.** Si le perdonais esta vez, él se corregirá.

**Des-A.** Sería muy culpable si se corrigiese del amor que te tiene.

**Dion.** Oh qué amo tan bondadoso! No le sucederá nada, verdad?

**Des-A.** Nada malo: yo te lo aseguro.

**Dion.** Ah! Voy volando á decirle que le perdonais.

**Des-A.** Aguarda, que hay otra cosa mas urgente. Ahi te estás mano sobre mano, y áun no se ha acabado de preparar el aposento de Blanca. Avíale pronto, y vuelve á verme.

**Dio.** Con mucho gusto.

(Entra en el cuarto que le indica Des-Arcis, y él se vá por la puerta del otro que está enfrente.)

## ESCENA VII.

Lorenzo, Domingo *y* Jorge, *que llegan por la puerta del foro. Domingo viene atado.*

**Lor.** (*A Jorge.*) ¿Con que dices que el amo quiere que se le trate con cariño?

**Jor.** Con el mayor cariño.

**Lor.** Sería bueno desatarle?

**Jor.** No dijo tanto, y yo no me atrevo á dejarle suelto. No sabemos qué misterio hay aquí... (*A Domingo poniéndole una silla.*) Sentáos, que estareis cansado.

**Dom.** Gracias. (Hace poco me daban empellones, y ahora me hacen cumplimientos. Si entiendo esta monserga, que me aspen! Procuremos poner en órden mis ideas. (*se tienta el cuerpo.*) Soy yo; el mismo Domingo, álias el atrevido. ¡Y siendo yo Domingo, me acusan de ladron! Ay, así lo ha querido el diablo! Pero vamos á cuentas. Cierto es que él ha de cargar conmigo cuando me muera; pero mientras yo esté en el mundo, su obligacion es obedecerme y servirme en cuanto le mande. ¿Y le he mandado yo por ventura que me haga prender como á un facineroso? Me parece que el tal diablo no cumple con mucha conciencia el contrato.)

**Lor.** Qué estara diciendo entre dientes?

**Jor.** Acerquémonos á ver si le oimos. (*se acercan.*)

**Dom.** (*A media voz.*) Si no tuviese vacío el estómago, me sentiria mas animoso, y mis ideas serian mas claras. Con gusto beberia un vaso de vino.

**Jor.** Oyes lo que dice?

**Lor.** Voy al instante. (*Tomando de sobre una mesa una botella y un vaso.*) Quieres refrescar?

**Dom.** Que si quiero? Por la cruz donde murió nuestro Señor, que lo pido con mucha necesidad. (*le sirven y bebe.*) Gracias. Es este el vino que dais á los presos?

**Lor.** Sí, pero es cuando nos lo mandan.

**Jor.** Aquí viene vuestro Juez.

**Dom.** Quién?... (*asustado.*)

**Lor.** Vuestro Juez.

**Dom.** Mi Juez? Hola! esto se vá poniendo serio, y mi cabeza algo calamocana. Ya se vé, con un vino tan fuerte, y en ayúnas...

## ESCENA VIII.

Domingo *y* Des-Arcis, *que se presenta con el vestido de Juez.*

**Jor.** Vamos, levantáos, y saludad á Monseñor.

**Des-A.** Retiráos. (*vanse los criados por el foro.*)

**Dom.** (Malo vá esto!)

(Se pone en pie, y todo lo que sigue lo habla sin mirar á la cara á Des-Arcis.)

(Apénas me atrevo á levantar los ojos) Monseñor, yo me llamo Domingo. Soy hombre de bien; honrado á carta cabal, aunque haya motivo de pensar lo contrario. Me explicaré.—Yo tengo una profesion de las mas honoríficas: una profesion donde á nadie se mata sino con seguridad de conciencia; en una palabra soy soldado; ó por mejor decir, lo fuí; porque ya dejé el servício, por razones que me reservo. Habeis de saber que estaba escondido en casa de mi madre Genoveva, que es mas pobre que Job; y yo más que las ratas: lo cuál me desespera, porque no puedo aliviar su miseria. Pensando en esto, me desaté en amargas quejas..., tal vez en blasfemias contra la Providencia. Es de advertir, que habia pasado un dia entero sin probar bocado. En fin, despierto, ó dormido; que bien pudo ser todo una pesadilla, empecé á ensartar disparates; á desear extravagancias; pero con tan buen acierto, que al volver en mí me encontré con un bolsillo lleno de oro... y el diablo á mi lado. Entónces pensé en mi pobre madre que tenia hambre, y salí... con su capa; con la del..., estamos?, porque él se llevó mi vestido y me dejó el suyo. Maldito vestido! Nunca me le hubiera yo puesto!—En suma, Señor Preboste, yo no he robado cosa alguna. En cuanto al dinero, no me preguntels de dónde vino. Preguntádselo al diablo que... (*al decir esto levanta los ojos y exclama:*) (Cielos! Qué veo? Es el mismo Satanás que ha tomado la figura del Gran Preboste!)

**Des-A.** Me conoces?

**Dom.** No que no! Sois el de anoche.

**Des-A.** Que entré con la espada en una mano...

**Dom.** Sí, sí, mueble de lujo para quién ..

**Des-A.** Y un bolsillo en la otra.

**Dom.** Bagatela! Algo más vale... (Ay!)

**Des-A.** ¡Si supieses cuanto te debo!... Tranquilízate. Yo publicaré tu inocencia, te protejeré y haré por tí mucho, mucho, pues tengo poder para ello.

**Dom.** Demasiado sé yo que no os falta poder, ni tampoco malicia.

**Des-A.** Qué quieres decir?

**Dom.** Bien sabeis lo que digo y cuán caro compré vuestro favor; pero favor positivo, absoluto: lo entendeis?

**Des-A.** ¿Qué he de entender...

**Dom.** Alma de Satanás!, ó vuélveme la mia, ó cumple tu contrato.

**Des-A.** Has perdido el juicio?

**Dom.** Cuando un hombre vende su alma al diablo, es para ser dichoso en este mundo miserable. O me has de obedecer ciegamente, ó no hay nada de lo dicho. Ten pues entendido, que mientras esté yo sobre la tierra, quiero divertirme, gozar, triunfar, y

es de tu cuenta proporcionarme placeres, mucho dinero, sin ganarle; honores, sin merecerlos; como más de cuatro gandules que tú y yo conocemos.

DES-A. (Qué extraña y qué donosa jerigonza!)

DOM. Ah! se me olvidaba otra cosa. Yo tengo madre.

DES-A. La conozco.

DOM. Y novia.

DES-A. Ya lo sé.

DOM. Pues tú debes cumplir todo lo que yo desee para ellas; lo exijo; lo mando.

DES-A. (Con quién juzgará que está hablando? Loco está sin duda.) Mira, Domingo, tus palabras son tan grotescas como extrafalarias tus peticiones. Yo haré, sí, cuanto pueda para tu felicidad y la de tus amigos; pero considera el lugar en que estás y mi dignidad de Magistrado.

DOM. Nada de triquiñuelas! Yo quiero, lo primerito mi libertad: vuélvemela, ó has de ver para que has nacido. Lo quiero, y mando que me las dés.

DES-A. (Pobre mozo! Con la prision se le ha barajado el seso. Procuremos tranquilizarle.) Hola! (*sale Jorge.*) Desata á ese hombre. Ya he comprobrado su inocencia.

DOM. (¡Para que otro que no fuese este perillan me hubiera declarado inocente, sin tomar declaraciones y escribir una resma de papel!) Algo me trastornó, es verdad, ese vaso de vino...

DES-A. Espero que ahora serás más razonable.

DOM. Otra cosa tengo que mandarte, espíritu infernal. (*Des-Arcis se rie.*) Sí, ríete! Con qué gusto le daría un...; pero sería dársele al aire.

DES-A. (El pobre está delirando. Será tal mi desgracia, que le haya hecho perder el juicio con el miedo que le causé? Nueva razon para compadecerle y agradecerle el importante servicio que me hizo.)

DOM. (Qué desearé yo ahora? ¿Ver á Dionisia, ó al señor conde? Ambas cosas son igualmente imposibles. El conde no puede salir sin riesgo de perder la vida, pues no tiene un protector de tanto calibre como el mio; y en cuanto á Dionisia, es bien seguro que por su gusto no vendria á casa del juez.)

DES-A. (Parece que se sosiega. Si yo pudiese hacerle entender...)

DOM. Compadre! Yo quiero ver al Señor Conde de la Heaumerie, y á mi novia.

DES-A. Oportunamente me recuerda que el Conde aguarda mi señal.

(Pone un pañuelo á la ventana sin que Domingo lo advierta.)

DOM. Quiero que vengan aquí; pero, cuidado con que les suceda ningun daño! Me entiendes?

DES-A. Si eso basta para satisfacerte, concedido.

## ESCENA IX.

*Dichos y el* CONDE, *que abraza á* DES-ARCIS.

DOM. (Si él hace esto, ya no dudo de su poder y del mio.) (*vuelve la cabeza.*) Ah! Oh!... Ya está aquí el Conde! *Verbum caro...*

CON. Ya veis que me presento con entera confianza.

DES-A. Podeis tenerla. El Conde de la Heaumerie no hallará en esta casa sino verdaderos amigos.

CON. Domingo! Me alegro de verte aquí. Me parece que tendrás mucha parte en mi venida.

DOM. Alguna, Señor Conde; pero el diablo es quien...

DES-A. (*interrumpiéndole.*) Entra en esa pieza y encontrarás á Dionisia con los criados de casa. Diles que te dén de almorzar.

(*Abre la puerta por donde entró Dionisia.*)

DOM. Bien lo necesito.—(En efecto, allí veo á Dionisia. Cumple su palabra, como diablo de pelo en pecho.)

## ESCENA X.

DES-ARCIS *y el* CONDE.

CON. Perdonadme que me haya atrevido á implorar vuestro auxilio, y fiar mi vida á vuestra lealtad.

DES-A. Es sumo honor para mí que me conteis en el número de vuestros amigos. (*Sale Jorge.*)

CON. (*En voz baja.*) Qué hombre es este?

DES-A. No temais: en un fiel criado.

JOR. En el patio ha entrado una litera, y de ella se apea una Señora cubierta con un velo.

DES-A. Acompañadla hasta aquí. (*vase Jorge.*) (Es Blanca!)

CON. Mi presencia será importuna... Me retiraré...

DES-A. No; detenéos. Sólo os pido que os coloqueis por un instante detrás de esa cortina y oigais lo que hablemos, porque así me excusaré de explicaros cuántos títulos teneis para reclamar mi amistad y mis servicios.

CON. No comprendo lo que os proponeis..., pero obedezco. (*Se oculta.*)

## ESCENA XI.

*Dichos y* BLANCA, *que se coloca dando la espalda al sitio en que está el Conde.*

DES-A. Al fin has venido á tu casa. Harto me has hecho esperar esta dicha!

BLAN. Dionisia te habrá anunciado mi venida.—Estamos solos? Puedo hablar sin recelo? Estoy temblando.

DES-A. Nada temas. Quién tendrá la temeridad de perseguirte hasta aquí?

BLAN. Ah! Tu esposa no teme su peligro, sino el tuyo.

CON. (Su esposa! Qué oigo!)

BLAN. Se descubrió nuestro secreto. Se quedó anoche en mi cuarto el tahalí que llevabas, y tus armas que en él están bordadas, han denunciado quién es el dueño. En tal conflicto, ya ves que Laubardemont puede abusar del favor que tiene en la Córte.

DES-A. Fatal descuido!

BLAN. Me dijo expresamente que era perdida si no me decidia hoy mismo á entrar en un monasterio. Mi infeliz hermano fué víctima de ese vil esclavo de Richelieu. ¡Bien conoces adónde llega su avaricia. Quiere enriquecerse con nuestros despojos y nada omitirá para lograrlo.

DES-A. Tranquilízate, amada mia.

BLAN. Me separará de ti, me sepultará en un claustro. Infeliz de mí! Si viviese mi hermano, me arrojaría en sus brazos; le confiaría que soy tu esposa, y estoy cierta de que aprobaría nuestro enlace.

DES-A. Blanca! No siempre se cumplen los designios de los malvados, por grande que sea su poder.

BLAN. Qué oigo!... Mi hermano...

DES-A. Aunque le lloras muerto, tengo noticias fidedignas...

BLAN. Qué quieres decir? Vive? Vive? Dios piadoso! yo os bendigo... Pero ¿estás seguro...

DES-A. Le he hablado.

BLAN. Dónde?

DES-A. Aquí.

BLAN. Por piedad, no me ocultes nada. Dónde está ahora?

CON. En tus brazos.
BLAN. Hermano de mi alma!
DES-A. Ya veis si son justos y sagrados vuestros derechos á mi cariño.
CON. (*abrazándole.*) Hermano mio!
BLAN. Pero qué prodigio es este? ¿Cómo has venido á Francia?
DES-A. Ya nos informará de todo. Lo que mas urge ahora es pensar en el partido que hemos de tomar para conjurar los peligros que nos rodean. Vos permanecereis oculto en mi casa. En cuanto á Blanca...
CON. Mi hermana de ningun modo debe separarse de su esposo. Me ocurre un medio para burlar todos los proyectos de ese villano y quitarle el dominio que usurpa sobre ella. Una carta de mi mano con fecha de Inglaterra, prohibirá á Blanca tomar el velo y la autorizará á daros la mano.
DES-A. Bien imaginado! Pasemos adentro á escribir la carta. (*Abre la puerta del gabinete y sale Dionisia.*)
BLAN. Permitidme que antes diga á Dionisia dos palabras. (*habla á Dionisia en secreto mientras ellos entran, y lúego los sigue.*)
DION. Muy bien, aguardaré vuestras órdenes, y con mucho gusto llevaré al maldito tutor el papel que debe sacaros de entre sus uñas.

## ESCENA XII.

DIONISIA.

DION. Si es cierto que la felicidad es á veces contagiosa, tal vez de esta hecha logre yo casarme con Domingo. ¡Es tan inocenton, tan buen muchacho!... Ya habrá concluido su almuerzo. Pobrecillo! Apénas puede volver en sí del susto que ha pasado. Y tengo para mí que su caletre... Dice unas cosas tan raras... No quiero dejarle solo entregado á sus devaneos.— Domingo! Domingo!

## ESCENA XIII.

DIONISIA, DOMINGO.

DOM. Presente!
DION. Hablemos un rato y desarruga esa frente. Por vida mia, no esperaba que te soltasen tan pronto.
DOM. Oh! yo lo sabía de fijo.
DION. Pues ¿por qué tan triste, tan caviloso...?
DOM. Porque... Son cosas que... Cada uno se entiende y baila solo.
DION. Ya lo adivino. Era que dudabas de mi cariño. Como yo he sido contigo remilgada y desdeñosa... Pero tu peligro me ha hecho ver y confesar que te quiero. Debes estar muy alegre porque tú no te las prometias tan felices.
DOM. Oh! Sí por cierto.
DION. Con esa frialdad recibes la confesion de mi cariño?
DOM. Ay Dionisia!... Si tú obrases con entera libertad, me chuparia yo los dedos de gusto al oir que me quieres; pero...
DION. Y quién me pone un puñal al pecho para decírtelo?
DOM. Sombra adorada! Tú hablas por boca de ganso.
DION. Como por boca de ganso? Tú desbarras.
DOM. Un poder secreto te ha traido aqui á remolque: una mano oculta mueve tus labios.
DION. Que algarabía! No hay otro secreto, ni otra mano oculta que el amor que te tengo.
DOM. El amor sí; el amor! Qué más quisiera yo!
DION. Cuando te vi preso, imploré tu perdon con lágrimas y sollozos. ¿Y aun dudas de mi cariño?
DOM. Dionisia, ya lo he dicho: tú hablas por máquina, y no es el amor quien mueve tus resortes.
DION Entiendo. Querrás decir que obras son amores. Pues bien, socarronazo... (*Le echa un brazo al cuello.*)
DOM. Tente! De qué sirve eso, si tu eres impalpable?
DION. Impalpable? Daca esa mano. (*se la toma.*) No te dice nada la mia?
DOM. Que placer!... Me hace cosquillas en el alma como si fuese la de Dionisia.
DION. Pues de quién ha de ser? Aprieta, bobazo! (¡Es singular brindarle yo con caricias, cuando antes me hacía de pencas para admitir las suyas!)
DOM. Qué saltos me da el corazon! Jamás he sentido un gozo semejante! En fin, seas vision ó no lo seas, ven á mis brazos! (*va abrazarla y ella huye.*)
DION. Eh! poco á poco! Eso ya es demasiado.
DOM. Dionisia!
DION. Otra vez será.
DOM. No, ahora, ahora ha de ser. No me obligues á mandártelo.
DION. Mandármelo? Qué gracia! Pues digo que no quiero, que no quiero.
DOM. Bien decia yo! O no eres Dionisia, ó no me quieres. No nacian de tu corazon aquellos halagos! (*se arroja en una silla cubriéndose la cara con las manos.*) Ah que desgraciado soy!
DION. Ay Dios mio! Te pones malo? (*Domingo se levanta de pronto y se pasea fuera de sí.*)
DOM. (*para sí.*) Sin embargo, si á todo trance quiero abrazarla, no hay mas que decir: ¡Ven aqui, en nombre de Belcebú!
DION. (Cómo delira! Será que le ha exasperado mi despego?) Domingo mio!... Vaya, consiento... (*se deja abrazar.*)
DOM. Miren si vino como una corderita!
DION. Sientes alivio?
DOM. Mas que alivio; un regodeo, una... Santo Dios! ¿Quién no diria que esto es cuerpo humano? ¡Y qué cuerpo! Te ries, eh? Ah! Si supieras... (*La suelta.*)
DION. Qué diantre he de saber? Habla... Jesús! Ese gesto me aterra.
DOM. Querida Dionisia, las cosas no siempre son lo que parecen. La mitad de lo que pasa en el mundo es ilusion, fantasmagoría. Por ejemplo, ¿crees que en esta casa hablas á Mr. Des-Arcis?
DION. Sin duda.
DOM. Pues no hay tales carneros. A quien hablas es á un espíritu maléfico, que ha tomado su figura.
DION. Disparate! ¡Espíritu maléfico la noble figura de Mr. Des-Arcis!
DOM. Si: ha venido expresamente á darme libertad. Que! Lo extrañas? El se transforma como se le antoja, y hace todo cuanto le dá la gana.
DION. Cuentos de viejas!
DOM. Yo estaba preso, y por él me vi libre, luego que le notifiqué mi voluntad; deseé luego ver á Mr. de la Heaumerie, y zás! se presentó como llovido del cielo. Quise verte, y cata que estabas ahi aguardándome.
DION. ¿Qué estraño es, si yo habia venido á ver á Mr. Des-Arcis de parte de mi ama? Y vine porque... Te voy á confiar un secreto; bien que pronto se hará público. Mi ama está casada con él.
DOM. Tu ama casada con él?
DION. Casada, asi como suena.
DOM. Pues tu ama ha hecho una boda loca!

DION. Asi es; él la ama con mucho ardor.

DOM. Ardor? Oh, si! En cuanto á eso... Pobre señorita!

DION. Domingo, sospecho qué estás loco rematado.

DOM. Ojalá lo estuviera! Entónces no conoceria mi desgracia... Escucha; no quiero ocultarte nada; escucha y ruega á Dios por mí. Esta noche pasada estuve tan desesperado, tan fuera de mí, que llamé al demonio.

DION. Infeliz!

DOM. Y asómbrate! Entre relámpagos y truenos, se coló por la ventana.

DION. Por la ventana... (Ya lo comprendo todo. Su terror convirtió en diablo á Mr. Des-Arcis.) Vamos, qué mas hubo?

DOM. Hice pacto con él.

DION. (*sonriéndose.*) Sí, sí; te dió su capa y un bolsillo lleno de oro.

DOM. Y yo en cambio mi vestido, donde nada habia. Ahora que estás enterada, querrás amar á un poseido? A un hombre que tiene el diablo en el cuerpo?

DION. Si tal; te amo más que nunca.

DOM. Como! ¡Te ries; no tiemblas!

DION. Temblar! Nunca estuve mas tranquila, y es por que... (*suena una campanilla.*) Me llaman. Luégo volveré á decirte por qué no tiemblo.

## ESCENA XIV.

DOMINGO, *solo.*

DOM. Esto es inconcebible! Una muchacha tan tímida, tan dengosa... Aqui veo yo la mano de Satanás. Siempre tuvo él mucho influjo con las mujeres.—Pero me pasma su serenidad. Dice que me explicará por qué no se espanta. Qué querrá decir con eso? Oh! Eso es lo que yo quiero saber. Si ella pudiese probarme que nada hubo de infernal, ni en el oro que tomé, ni en los empellones, ni en traerme aqui trincado... Ay! no. Endemoniado estoy hasta los tuétanos. ¿Cómo explicar de otra manera mi poder sin límites?—Haré, sin embargo, otra prueba. Soy desertor, ando á sombra de teja, temiendo que el dia menos pensado me metan en chirona... ¿Qué necesidad tengo yo de vivir con esta zozobra? No más! Estoy resuelto á presentarme en la calle con uniforme de soldado, y venga lo que viniere. Si me echan la mano y me ahorcan, Lucifer queda por embustero, y salvo el alma ya que perezca el individuo. Si al contrario, él me libra, salgo de dudas... Pasos oigo... Marchemos ántes que me detengan. (*Felipe entra corriendo. Domingo dá un rodeo por la mesa para no encontrarle y vase precipitado.*)

## ESCENA XV.

FELIPE, *y luego* DIONISIA.

FEL. Ay, no puedo mas! Quiera Dios que halle persona de confianza con quien avisar... Bueno! Aqui viene Dionisia. (*sale Dionisia con una carta.*)

DION. Domingo! Domingo! Adónde se habrá ido?

FEL. Dionisia! Escúchame...

DION. Perdonad, es preciso que dé este papel á Domingo: no puedo perder un instante.

FEL. Ni yo tampoco. Vengo á deciros que antes de media hora... (*Dionisia no le atiende.*)

DION. Yo quisiera que Domingo me acompañase... Domingo!

FEL. Por Dios, oidme; que pronto no será tiempo...

DION. Tengo que llevar esta carta á Mr. de Laubardemont.

FEL. Ese mismo se dirige aqui al frente de un peloton de soldados.

DION. Ay Dios! Voy á dar el aviso.

FEL. Y yo á escapar antes que me vean.

DION. Gracias por el aviso!

FEL. Ya no hay remedio! Ahi están! (*vase.*)

DION. Cielo santo! Mi ama, su esposo, el Conde... Qué vá á ser de todos? Volemos!... (*entra en el gabinete: al mismo tiempo asoman por la galeria los soldados.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Salon gótico del Chatelet, y en el fondo otra sala, que se vé cuando se abre la puerta del foro. A la derecha un gabinete, y á la izquierda otra puerta que dá á una galería.

## ESCENA PRIMERA.

JORGE, *y luego* DES-ARCIS.

(Jorge entra misteriosamente por la derecha y vá á observar por la puerta del foro, que estará entreabierta.)

JOR. Bueno! Nadie hay en la sala del tribunal. Señor! Salid sin recelo.

DES-A. No te separes de la antesala, fijo en la ventana que da á la plaza, y avísanos á la menor novedad.

JOR. Descuidad: estaré alerta.

## ESCENA II.

DES-ARCIS, BLANCA, *el* CONDE *y* DIONISIA.

DES-A. Salid. Ya hemos pasado el primer peligro. Felizmente nos quedaba el recurso de pasar al Chatelet por la puerta secreta que dá á mi habitacion. Me parece que no se atreverán á violar este asilo. Aqui, ya que no pueda resistir abiertamente á Laubardemont, podré al menos invocar ante el tribunal el favor de las leyes contra el malvado que las atropella. Dejad que le espere.

CON. No, hermano mio; segun las noticias que Dionisia nos ha dado, yo soy quien debo habérmelas con él.

BLAN. Ni uno ni otro. Dadme la carta que suponemos escrita en Inglaterra. Aprobado en ella mi matrimonio, puedo sin mengua de mi decoro recibir aqui á nuestro enemigo.

DES-A. Eso me prueba tu valor y tu cariño; pero no me tranquiliza. Si ese malvado osára abusar de su autoridad...

CON. Se mirará mucho en ello; y en todo caso cerca estaremos para defenderla.

DES-A. Oh! á todo trance; y armaré tambien á todos mis criados...

BLAN. Resistencia inútil si Laubardemont recurre á la violencia; temeridad que me privaria de los únicos apoyos que tengo en el mundo para entregarme luégo indefensa al poder de mi perseguidor.

CON. Demasiada razon tiene! Piensa con mas cordura y serenidad que nosotros.

BLAN. (*poniéndose en medio y cogiéndoles las manos.*) Dejadme obrar y retiraos. (*á Des-Arcis.*) Yo te lo suplico por la vida de mi hermano; (*al Conde.*) y á ti por la de mi esposo.

ESCENA III.

*Dichos y* Jorge *desde la puerta.*

Jor. No se puede entrar, buena mujer. El caballero Des-Arcis está muy ocupado.

Des-A. Quién es?

Jor. La madre del jóven que prendimos por ladron.

Dion. Ah! la anciana Genoveva. Qué quiere?

Jor. Pide la ropa de su hijo.

Des-A. Dásela.

Jor. Ya iba á hacerlo; pero antes queria enseñaros los papeles que se le hallaron en sus bolsillos. (*Des-Arcis los toma y echa una ojeada sobre ellos.*)

Des-A. ¿Qué me importa... Pero, qué veo! Esta firma... (*los examina.*)

Jor. La pobre llora, y dice que su hijo es perdido si se pone otra ropa que esa, y añade... Qué se yo? No se puede entender lo que dice.

Des-A. Oh yo lo entiendo perfectamente; ese hombre fué soldado.

Con. Y buen soldado!

Des-A. Cielos! Este documento os interesa mucho, querido Conde. Es una órden firmada por Laubardemont y dirigida al Gobernador del Castillo de Belle-Isle.

Con. Donde yo estaba preso. Será acaso la órden para que me asesinasen en mi calabozo?

Blan. Dejad que la lea. (*Lee*) El Gobernador nombrará un soldado, que sin mas armas que la espada, entrará en el calabozo del Conde de la Heaumerie, y en secreto le quitará la vida.—Ay hermano mio!—Siguen algunas palabras que me parecen latinas.

Con. Á ver? (*Leyendo.*) *Nunquam apareat miles.*

Blan. Qué quieren decir?

Con. Que perezca tambien el soldado.

Blan. Oh inhumanidad! ¡Dos víctimas sacrificadas á la avaricia de ese mónstruo!

Dion. Pobre Domingo! No escapó de mala.

Con. Os diré lo que todavía ignorais. Domingo quiso antes desertar que cometer tal crímen, y por eso mismo el Gobernador, que deseaba salvar mi vida, le escogió para fiarle el secreto.

Des-A. Los dos vivimos por ese honrado mozo, pues á no haber sido por él, no sé lo que anoche me hubiera sucedido.

Blan. ¡Qué arma tan poderosa es este papel contra Laubardemont!

Con. Por desgracia, no podemos usarla.

Blan. Por qué?

Con. Descubriríamos que ese hombre es desertor, y hoy es Laubardemont quien manda el regimiento.

Des-A. Tienes razon. No es justo que, para emplearle en nuestra defensa, le privemos de ese papel que es su único recurso en el caso de ser descubierto. Pongámosle de nuevo en su volsillo. (*lo hace.*) Lleva ahora esa ropa; volando! (*vase Jorge. Suenan cajas á lo lejos.*)

Dion. Qué ruido es ese?

Blan. Tambores! Partid, alejáos pronto! (*se dirigen todos á la puerta del foro.*)

Jor. (*volviendo con el vestido.*) Es imposible salir. El palacio está cercado.

Blan. Dios mío!

Con. Infelices de nosotros!

Des-A. Qué hacemos?

Blan. Dejad que yo sola le reciba.

Des-A. ¿Quieres exponerte...

Blan. Dios me inspira. No os detengais. (*los hace entrar en el gabinete.*)

Dion. ¡Y el pobre Domingo sin su vestido... Venga acá. Es probable que no impidan el paso á una mujer. (*toma el vestido y sale corriendo.*)

ESCENA IV.

Blanca *se sienta, con la espalda á la puerta, procurando aparentar serenidad. Llegan* Laubardemont *con su uniforme, y* Morvilliers *vestido de negro. Por la puerta del fondo se ven soldados.*

Jor. El señor Coronel Vizconde de Laubardemont.

Laub. A quién me anuncias? Yo busco al caballero Des-Arcis.

Jor. Esta señora os responderá. (*Blanca vuelve la cabeza y saluda; Laubardemont la reconoce con sorpresa.*)

Laub. Blanca me recibe! Ya veis, señor Secretario; ya veis si mis sospechas eran fundadas. Al momento es preciso que empeceis el proceso verbal. Poned sobre la mesa el tahalí que se halló anoche en mi casa. Vizcondesa Blanca de La Haumerie!, os mando que respondais con claridad á mis preguntas, y que luego me sigais.

Blan. No os reconozco ya como tutor: estoy casada.

Laub. Casada! Ese matrimonio es nulo. Quién os dió licencia?

Blan. El Conde mi hermano.

Laub. Vuestro hermano! Ya hace tiempo que dejó de existir.

Blan. Reconoced su firma. (*le dá la carta.*)

Laub. ¿Es posible? Su letra es...; no puedo dudarlo... (Vive!) (*acercándose repentinamente á la mesa y hablando con Morvilliers en voz baja.*) Qué haremos, Morvilliers? Tú que me señalaste el camino para apoderarme de sus bienes...

Mor. Silencio! Más bajo!

Laub. Habrá algun expediente para evitar este golpe imprevisto?

Mor. Uno solo.

Laub. Cuál?

Mor. Haced que desaparezca esa carta que os aterra: prended á Blanca; y no tendrá medio para probar la legitimidad de su matrimonio.

Laub. Es verdad.—Sin embargo ..

Mor. Pensad que el Cardenal está en la agonía. Si muere, no teneis esperanza ni áun de defenderos contra los enemigos que os habeis buscado. ¿Creeis que os darán cuartel estas familias que ya están unidas?...

Laub. No.

Mor. Por eso es indispensable acabar enteramente con ambas. Llevad á esa mujer á un claustro; encerrad á Des-Arcis en un calabozo donde jamás vuelva á saberse de él, y dormid luego á pierna suelta. Ea! Valor, y no perder tiempo.

Laub. Sí, en el camino que he tomado, ya no es posible retroceder un paso.

Blan. (Qué estarán maquinando?)

Mor. Señor coronel, esa carta es apócrifa. (*En voz baja.*) Rompedla.

Blan. Qué os atreveis á pronunciar? Dios mio, protejednos!

Laub. Id á reconocer el edificio: aqui nos reuniremos.

ESCENA V.

Laubardemont, *y* Blanca.

Laub. Blanca, habeis tenido la osadía de oponeros.

abiertamente á mi voluntad. Resignáos á llorar vuestro desliz en perpétua clausura.

**Blan.** Qué horror!

**Laub.** Tál es el castigo que ordinariamente se impone á las doncellas nobles que osan amancillar el honor de su ilustre familia.

**Blan.** Le he amancillado yo por ventura, dando la mano al caballero Des-Arcis?

**Laub.** Ese no pasará sino por vuestro seductor.

**Blan.** Nada temo. Me escuda la aprobacion explícita de mi hermano. Yo invocaré la opinion pública...

**Laub.** La opinion pública!... Os confieso francamente que no me es favorable; pero eso mismo hace irrevocable vuestra sentencia. No hay perdon, no hay piedad, ni para vos ni para Des-Arcis, á quien debeis imputar vuestra desgracia, pues él me pone en la alternativa de separaros del mundo ó labrar yo propio mi ruina. Romperé esta carta.

**Blan.** Qué vais á hacer, temerario? Temed la ira del cielo!

**Laub.** (*Rompiendo la carta.*) Ni la del cielo, ni la de los hombres.

**Blan.** Ah!

**Laub.** Ya es nulo vuestro matrimonio: estais deshonrada á los ojos del mundo, pues no os queda arbitrio humano para probar vuestra inocencia.

## ESCENA VI.

*Dichos, el* Conde *y* Des-Arcis. *El primero se precipita en la escena á pesar del otro, que le detiene.*

**Con.** Os engañais, Laubardemont.—Dejadme, caballero.

**Laub.** El conde de la Haumerie!

**Blan.** Qué has hecho, desventurado!

**Des-A.** No pude contenerle. Ahora suceda lo que suceda, no me apartaré de su lado.

**Laub.** Hola, soldados, soldados! (*Los soldados se acercan.*)

**Des-A.** Cobarde!

**Con.** Infame asesino!

**Blan.** Sois perdidos!

**Con.** Pero venderemos caras nuestras vidas.

**Des-A.** Entremos en la galería: allí tenemos segura la espalda. (*Vanse.*)

**Laub.** Vana esperanza! Nada podrá salvaros. (*á los soldados.*) Tomad la vuelta, y matad á todo el que intente escapar por allí. (*coloca un centinela á cada puerta: los demas soldados se retiran por el foro.*) Vosotros guardad estas puertas. Voy á dar mis órdenes á Morvilliers.

**Dion.** (*dentro.*) Domingo! Domingo!

## ESCENA VIII.

Dionisia *y los soldados.*

**Soldado 1.º** Atrás, niña! (*Dionisia se mantiene en la puerta con la ropa de Domingo en el brazo.*)

**Dion.** Por dónde habrá pasado? No quiso volver á mi voz y corria tanto, que no pude alcanzarle. ¿Le habeis visto? Es un soldado con ese mismo uniforme; pero sin armas. (No me responden! ¿Qué haria yo, santo Cielo...)

**Voz dentro.** Detened á ese desertor!

**Dion.** Infeliz! Ya le han atrapado! (*Entra Domingo perseguido por algunos soldados; los centinelas acuden á detenerle, y dejando el paso libre á Dionisia, ésta entra y tira el vestido sobre una silla.*)

**Soldado 1.º** Alto ahí!... (*Cogiéndole por el cuello.*)

## ESCENA VIII.

*Dichos,* Domingo *y soldados.*

**Soldado 1.º** Calla! este es aquel desertor de la primera de nuestro regimiento, que llamaban el atrevido; el que desertó del fuerte de Belle-Isle.

**Dion.** Bien decia yo que te conocerian!

**Dom.** No te apures, tonta. Si eso es lo que yo buscaba! Ahora el diablo y yo ajustaremos cuentas. (*se pasea alegre por verse preso.*)

**Dion.** Todavia el diablo? Y te sonries! Te pavoneas!...

**Dom.** Sépase quién es Calleja!

**Dion.** ¡Sí; has puesto una pica en Flándes! Te pasarán por las armas!

**Dom.** Eso está por ver; pero cuando asi sea..., pche!... tal dia hizo un año. Pronto se pasa ese trago; algo peor es ser camarada del diablo por los siglos de los siglos. Mira, Dionisia; yo queria saber á punto fijo si estoy ó no endemoniado, y hasta ahora no me ha salido mal la prueba. Qué dicha! Ya estoy preso; me van á levantar la tapa de los sesos, y Luzbel no dice esta boca es mia!

**Dion.** Dale! No estás vendido al diablo. Es mucha terquedad... Si me hubieras dejado explicarte...

**Soldado 1.º** El miedo de la muerte le hace desatinar así.

**Dom.** Miedo yo! Quién eres tú, avispa? Ya se conoce que no eres de los veteranos del regimiento. Aquellos no hubieran hablado así de su compañero el atrevido.

**Soldado 1.º** No hay que atufarse!, y ponte bien con Dios. El Conde de Laubardemont, nuestro Coronel, no se anda en chiquitas.

**Dom.** Cierto: nadie ignora que el diablo le protege más que á mí. Ven acá, Dionisia y, con permiso de estos prójimos, abrázame. ¡Qué ventura! Acude á la voz de mando sin que nadie la obligue!

**Dion.** Simplon! Si yo no te quisiera... (*le abraza.*)

**Dom.** Otro abrazo! Otro! Ahora que no peco! No hay duda; está es mi Dionisia en cuerpo y alma.—¡Aquí de tu poder, Asmodeo! Llévatela si es tuya.

**Dion.** Suelta! Te has hecho muy sobon. (*se desprende de los brazos de Domingo y mira por el foro.*)

**Dom.** Espíritu infernal, ¡quítamela si eres hombre!

**Dion.** ¡Ay Dios, qué veo? ¡El Conde y el caballero presos!... (*el público no los vé.*)

**Dom.** Si no los libertas, familiar mio, ó ya no estás á mis órdenes, ó hay diablos que pueden más que tú. (*se retira á un lado.*)

## ESCENA IX.

*Dichos,* Blanca *esforzándose á detener á* Laubardemont, *á quien trae asido por el faldon de la casaca.*

**Laub.** Dejadme! Todo es en vano. ¡Morvilliers, daos prisa! (*Blanca, volviéndose hácia la galeria con las manos juntas.*)

**Blan.** Ah, no! deteneos! Esperad á que hable á vuestro jefe. (*á Laubardemont.*) Escuchadme en secreto: una palabra, una sola! Señor Coronel, no me negueis esta gracia... Oidme! Quiero pediros perdon.

**Laub.** Perdon! Ya es demasiado tarde.

**Blan.** Oh! no es demasiado tarde; os le pediré de rodillas. Es verdad que os desobedecí, que os ofendí eligiendo un esposo contra vuestra voluntad; pero yo soy la culpada; yo sola! Sed justo; sed generoso como cumple á vuestra dignidad. Mi hermano volverá á su destierro para que su presencia no os inquiete. Des-Arcis le seguirá, yo tambien... Por Dios, oidme! Os dejo todos mis bienes... Si, si!; lo

juro, y lo firmaré con mi sangre, si es preciso. Qué! lo dudais? Dios mio!, no halle misericordia mi alma en vuestra presencia, si pienso reclamar cosa alguna — Oh! sí. Abricias! Tiembla vuestra mano al querer desviarme... Os enternecen mis lágrimas... Ah Laubardemont!, los que os llaman cruél son unos calumniadores. Nada habeis hecho sino obedecer á Richelieu, que odia á mi hermano. Sois del partido del Cardenal. Y bien, qué importa? Tener una opinion y ser consecuente en ella, no es delito..., como no lo es el amar á quién cautiva nuestro corazon. Vos tambien, como dudarlo? habreis tenido amor á alguna mujer, y ella os habrá correspondido. Decidme su nombre! Yo le invocaré para pediros el perdon de mi esposo, y de mi hermano. Volveis la cabeza? Os apartais de mi? Ay Dios! este hombre no ha amado nunca! Cierta es nuestra perdicion¡

LAUB. (*acercándose á la puerta de la galeria.*) Qué haceis parados? Os han convertido en estátuas los gritos de esta mujer? Marchad!

BLAN. Deteneos!. ¡Esposo! Hermano!...

LAUB. Separadla, y conducid los presos.

BLAN. Tened piedad... (*viendo que son vanos sus esfuerzos exclama con la mayor vehemencia:*) Oh! Maldito seas! (*cae desmayada. Los soldados que estaban en la galeria desaparecen.*)

DION. Ah pobre señora mia! (*acude á su socorro.*)

LAUB. Aprovechémonos de su desmayo. Hola! retirad á esa dama. (*Los dos centinelas la retiran por el foro y vuelven luego. Dionisia los sigue.*)

## ESCENA X.

LAUBARDEMONT, DOMINGO, *y luego* DIONISIA *y los dos soldados.*

DOM. (La puerta ha quedado franca, y ese verdugo no ha reparado en mí...)

LAUB. (Ya nada temo. Mi triunfo está asegurado.)

DOM. Me escurriré de puntillas...

LAUB. (*viéndole.*) Qué haceis aqui?

DOM. Nada. (Si tuviese una arma, yo te lo diria.)

LAUB. (*A los soldados que vuelven*) ¿Cómo ha entrado aqui ese hombre? Quién le ha traido?

SOLDADO 1.° Una patrulla. Es desertor del Regimiento.

LAUB. (*Sin mirarle.*) Baquetas de muerte. Llevadle. (*los soldados hacen ademan de llevarle.*)

DION. (Ya se ha recobrado un poco. Voy... Ah!) (*retrocede desde la puerta.*)

LAUB. (Qué veo! Este es Domingo! El Gobernador no cumplió mi órden y le dejó con vida. Maldicion!...) (*á los soldados.*) Dejadle libre por ahora: quiero interrogarle... Retiráos.

DION. (*asomándose á la puerta entornada.*) (Observemos.)

## ESCENA XI.

LAUBARDEMONT, DOMINGO, *luego* DIONISIA.

LAUB. Domingo!

DOM. Presente. (Entre dos diablos ahora! Estoy como quiero.)

LAUB. (*Con suma agitacion.*) Te conozco personalmente, veterano, y ya comprendo el motivo de tu prision.

DOM. Pues, Señor Coronel, al avío! No gastemos tiempo. (A este siquiera con la vida le pago; pero al otro...) Soy Desertor, no lo niego: la cabeza me huele ya á pólvora... Cuatro balazos, y listo!

LAUB. No; tú vivirás.

DOM. (¿Apostemos á que está de acuerdo con el otro, para que yo no pueda librarme de sus garras?) Señor Coronel, yo no quiero vivir. Yo quiero que me condeneis.

LAUB. Qué locura! Por qué?

DOM Porque no quiero morir condenado.

LAUB. Que te *condene* para no morir *condenado*? ¿Quién te ha de entender?

DOM. Yo me entiendo, y el diablo me entiende.

LAUB. Vamos, Domingo, el tiempo insta: tú puedes salvarte y hacerme á mi un buen servicio. Acepta este dinero y consiente en alejarte de Francia.

DOM. Dinero? (El diablo vuelve á tentarme con él.)

LAUB. Tómale; qué aguardas? Y cuenta siempre con mi proteccion.

DOM. (Dinero, y cariños de tal hombre? Lo dicho; el diablo anda todavía á mi lado.)

LAUB. Acepta este dinero; yo te lo suplico.

DOM. (Qué temerario Lucifer! Cuando yo creia verme libre de sus uñas...)

LAUB. Si dudas por parecerte poco...

DOM. (Se vió ningun cristiano en situacion mas endiablada qne la mia?) Coronel! de parte del infierno, os digo que me dejeis en paz. Basta con un diablo para hacerme purgar mis pecados.

LAUB. (Haber de humillarme yo á rogarle! ¡Oh rabia!) Domingo, la mitad de mis bienes te doy, si quieres devolverme la órden que recibiste contra el Conde de la Haumerie.

DOM. Coronel de las legiones de Pluton!, dos años he llevado conmigo esa órden que te dictó el demonio de la avaricia·

LAUB. Oh Silencio! Dámela!

DOM. Dártela! Tu amigo el diablo se la llevó con mi vestido.

DION. (Ay Dios! Su gaban!) (*Dionisia entra de puntillas, toma rápidamente la ropa y vase por el foro.*)

## ESCENA XII.

LAUBARDEMONT *y* DOMINGO.

LAU. No la tienes?

DOM. Harto siento no tenerla para probar con ella mi inocencia y tus infamias.

LAU. Insolente! No la tienes?

DOM. Ya he dicho que no. En un momento de desesperacion, habré podido vender lo que el demonio sabe; pero no la honra. Yo no sé mentir.

LAUB. (Respiro!) Ahora te enseñaré á respetar á tus jefes. Hola, soldados! (*entran los dos de antes.*) llevad á ese hombre al patio y fusiladle al momento. (*los soldados le sujetan.*)

DOM. Desventurados, no me toqueis; que el ángel malo me protege. Monsieur Satanás, venid á mi socorro! Yo os lo mando. Hacedme trizas á ese tigre...

## ESCENA XIII.

*Dichos y* MORVILLIERS.

MORV. (*en voz baja.*) Huid. Laubardemont! Los oficiales están furiosos porque Des-Arcis les ha mostrado el papel que sabeis. Dionisia se le ha llevado-

LAUB. Oh desesperacion! Richelieu es el único que pue. de salvarme. Corramos, si aun es tiempo.

ESCENA XIV.

Domingo *y los soldados.*

Sold. 1.° Cumplamos la órden del Coronel.
Dom. ¿Dónde demonios está el diablo, que me abandona en este trance? Ah! Laubardemont es su favorito. Por protegerle á él me desampara á mí. ¡Que hasta en el infierno haya de haber injusticias y parcialidades! Tirano de los profundos!, ¿acaso, vale mas el alma de aquel descreido que la mia?

ESCENA XV.

*Dichos*, Des-Arcis, El Conde, Blanca *apoyada en* Dionisa *y su hermano, tres oficiales seguidos de algunos soldados.*

Dom. Ah! Ya está aqui el consabido! Diablo amigo, líbrame de estos caribes, y otra vez sé mas puntual cuando yo te llame.
Des-A. Soltad á ese hombre. (*lo hacen.*)
Dom. Esto es hecho! Soy ciudadano del abismo.
Un oficial. Soldados, vuestro coronel ha cometido un crímen horrible. En nombre del rey y del honor del Regimiento, seguidme en su busca hasta que logremos prenderle. (*vase con los soldados.*) Busquemos al malvado.
Des-A. Acaso esté oculto en algun aposento: registrémoslo todo: venid. (*vase con el Conde.*)

ESCENA XVI.

Blanca, Domingo *y* Dionisia.

Dom. Sí, sí, echadle un nudo á la cola! Salió de aquí echando chispas, en busca del Cardenal Ministro.
Blan. De Richelieu! Si logra verle somos perdidos. Es hechura suya y el inmenso poder del favorito...
Dom. No tengais cuidado. Hay quien puede mas que él. ¡Demonio de los truenos y del bolsillo, acude á mi voz! ¡Aquí de una apoplegía! aqui de un buen torozon, que haga espichar á su Eminencia! Mátale pronto, y la Francia te lo agradecerá mucho; y no será el primer Ministro, ni el primer Cardenal tampoco, que haya bajado al infierno. (*se oyen campanas que tocan á muerto.*)

ESCENA XVII.

*Dichos*, Des-Arcis *y el* Conde *por un lado, y un oficial por otro.*

Des-A. Qué anuncian esas campanas?
Oficial. Una noticia interesante. Richelieu acaba de espirar.
Blan. Cielos!
Dion. Qué oigo!
Dom. (*aterrado.*) Santo Dios!... Lo veis? A la primera insinuacion mia... Bien muerto está, aunque le haya muerto el diablo; pero ¿qué vá á ser de mi alma, Vírgen santa?
Dion. Calla, simplonazo!
Oficial. Los honores fúnebres que le hace el clero son para el pueblo una señal de regocijo al verse libre de la tiranía del favorito que tanto abusó de su ilimitado poder.
Con. Ahora vindicaré mi inocencia y me restituirán mi libertad y mis bienes, pues el odioso Laubardemont, privado de su protector, se verá obligado á confesar sus crímenes.

ESCENA XVIII.

*Dichos y* Genoveva.

Gen. Albricias! Vengo loca de contento. Ya no hay peligro para vosotros, ni para mi pobre hijo; para nadie. Perseguido Laubardemont por el pueblo, se ha precipitado al Sena, librándose con voluntaria muerte del suplicio que le esperaba.
Con. El cielo puso término á nuestros infortunios.
Blan. Querido esposo!
Des-A. Hermano mio! ¡Qué dicha para todos!
Dion. Sí, para todos! Y mi pobre Domingo que sobre haberse sacrificado tan generosamente por el bien de los demás ha perdido el juicio... ¡Miradle qué abatido, qué desesperado está! Todavía se juzga presa del espíritu maligno.
Dom. ¡Ser uno buen cristiano y bajar de patitas á las calderas de Pedro Botero!
Con. Qué locura! Vuelve en tí!
Gen. Las apariencias te engañaron, como á mí. Ya me ha convencido Dionisia.
Dion. ¡Aun si me condenase por mis culpas, vaya con Dios; pero por las ajenas... Diablo ventanero!, ¿qué quieres hacer con el alma de un pobre diablo como yo? No fuí yo quien te llamó, sino mi hambre: y aun por eso dicen que tiene cara de hereje.
Con. Cómo! cree que sois el Diablo?
Des-A. Pobre mozo! Mi repentina aparicion en su casa...
Dom. Ea, sed diablo de bien, y capitulemos... Conmutadme la pena en algunos años de purgatorio; yo no os volveré á molestar, y Cristo con todos.
Dion. Pero es posible que aun sigas con tu tema?
Dom. Ya me iba dando á partido; pero la diabólica puntualidad con que Lucifer ha cumplido mi último mandato...
Blan. Qué mandato?
Dom. Friolera! No lo habeis visto? Le pido la muerte del presbítero Ministro, y zás! revienta como un triquitraque.
Con. Pobre Domingo! Desde ayer estaba ya en la agonía Richelieu. Su muerte no ha sido obra del diablo, sino de Dios, que al fin ha querido librar de esa plaga al pueblo francés.
Dom. Eso no deja de hacerme fuerza, porque como dijo el otro, un lobo á otro no se muerden. Y bien mirado, parece imposible que sea el demonio un señor tan amable, y tan querido de todo el mundo. La Señorita Blanca le entrega su mano sin escrúpulo de conciencia... Ello sí, mujeres hay que por casarse se casarian con el diablo... Pero la señorita Blanca no es de esas mujeres.
Dion. Ni yo me casaria con un condenado; que, gracias á Dios, soy católica y bien nacida.
Des-A. Acabemos. ¿No soy yo con quien has hecho el contrato?
Dion Si, señor.
Des-A. Pues bien, obedece mis órdenes. Como diablo anulo el pacto y delego mis poderes en Dionisia: como Mr. Des-Arcis, te caso con ella y le doy och, mil francos de dote.
Dom. Eso se llama hablar como diablo de razon. Convenidos; que sí, como suelen decir, mujer y diablo son una misma cosa, diablo, por diablo, con faldas le quiero.

CON. Ya ves, Domingo, que tu diablo se porta como amigo.
DOM. Y como diablo.
DION. Por qué?
DOM. Porque casar á un hombre en estos tiempos, es una verdadera diablura.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID, 1862 :—Imp. de PASCUAL CONESA.
*Calle de Toledo, núm. 69, Junto á S. Millan.*

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—*Es copia del original censurado.* —*Madrid 22 de agosto de 1849.*

ADVERTENCIA. Esta y otras traducciones, mas ó menos libres, debidas á la pluma de *D. Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor, antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.